



# 16. Zenobia y el Nobel

Graciela Palau de Nemes

Al borde de la muerte, por cortesía de la Academia Sueca, Zenobia Camprubí se enteró, con anterioridad al anuncio oficial, que su marido, Juan Ramón Jiménez, era el ganador del Premio Nobel de Literatura de 1956. Por gracia divina y una fuerza de voluntad que distinguió a esta mujer en todos los actos de su vida, Zenobia sobrevivió una semana y disfrutó, después del anuncio oficial, del reconocimiento rendido a su marido y a ella.

Este hecho es ya historia y sobre todo lo dicho se destaca el titulado «Zenobia y Juan Ramón en la trágica gloria del Premio Nobel», folleto publicado en 1973 por Francisco Hernández-Pinzón, sobrino del poeta, como recuerdo y homenaje a los quince años de la muerte de su tío ocurrida en Puerto Rico el 29 de mayo de 1958. Después se dio al público, en 1988, en la revista *Barcarola* de Albacete y en 1996 en *La Voz de Huelva*<sup>1</sup>.

En los últimos años de la vida de Zenobia, Hernández-Pinzón fue para sus tíos el hijo que no tuvieron. Zenobia contaba con él para todo.

En cuanto a los datos del Nobel, hay que señalar el estudio de Alfonso Alegre Heitzmann titulado *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel*<sup>2</sup>, que bien podría titularse *Historia del Premio Nobel*, por la copiosa información en cuanto a la elección de los premiados.

Hoy quiero hablar de la contribución de Zenobia a la propuesta a favor de su marido enviada a la Fundación Nobel por los profesores del Departamento de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Maryland, Estados Unidos, y del paso de ella y su marido por dicha universidad, donde dejaron un recuerdo imperecedero, razón por la que todos cooperaron para que, en un brevísimo tiempo, se preparara una propuesta tan completa y

---

<sup>1</sup> Francisco HERNÁNDEZ-PINZÓN JIMÉNEZ. «Zenobia en la trágica gloria del Premio Nobel», *Barcarola*, núm. 26-27, Albacete, febrero 1988, pp. 71-80, y en *La Voz de Huelva*, Huelva, 25 octubre 1996.

<sup>2</sup> Alfonso ALEGRE HEITZMANN. *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel*. Transcripción y notas de los telegramas y cartas de la segunda parte del libro: José Antonio Expósito. Residencia de Estudiantes, Madrid, 2008.

bien documentada que dudamos fuera superada por ninguna de las personas o instituciones que hayan propuesto anteriormente su candidatura.

En un libro de ensayos titulado *Contra el olvido. El exilio español en los Estados Unidos*, Mercedes Juliá habla del exilio de Juan Ramón y concluye que mientras que la mayoría de los artistas exiliados de su generación se afanaban en recrear el limitado mundo de donde procedían, él aceptó su destino incorporando a su obra las nuevas vivencias en el continente americano, expresadas por símbolos sacados de esos parajes y que su desarraigo le permitió adoptar nuevas perspectivas, contemplar otros horizontes con una gran originalidad de visión y enriquecer su vida y su obra con valores cósmicos y místicos, desconocidos hasta entonces en la poesía española<sup>3</sup>. Zenobia y Juan Ramón llegaron a la cúspide de su talento y sus aspiraciones durante el exilio en los Estados Unidos.

Zenobia se distinguió en España por su labor cultural y de beneficencia. Sobre todo, fue una de las socias fundadoras del primer club de mujeres, el Lyceum, y la primera secretaria, encargada de las becas que se ofrecían a las muchachas españolas para estudiar en los Estados Unidos. En el exilio en Cuba, la nombraron miembro honorario de dicha Sociedad e hizo una labor meritoria a favor de las mujeres en la cárcel, pero no se avino al clima; además, vivían apretados en el cuarto de un hotel y Juan Ramón no se ocupaba de su obra y perdía el tiempo en tertulias. De algún modo, aunque por distintas razones, ni Juan Ramón ni Zenobia se avinieron al espacio del Caribe.

Al llegar al Puerto Rico en 1936, el poeta escribió un trozo titulado «De piedra, Puerto Rico» en el que decía: «He recorrido la isla de Puerto Rico en distintas direcciones. Su riquísima naturaleza interior confirma mi duda primero. ¿Por qué esta naturaleza hermosa me parece blanda, floja, insuficiente? Tierra, piedra, árbol, ¿por qué todo es tan demasiado bonito? Los panoramas llegan a

---

<sup>3</sup> Mercedes JULIÁ. «Reflexiones sobre el exilio de Juan Ramón Jiménez. Hacia otra desnudez», en *Contra el olvido. El exilio español en Estados Unidos*. Editado por Sebastián Fabee y Cristina Martínez Carozo, Alcalá de Henares, España, 2009, p. 95.

parecer grandiosos, los efectos de monte, mar y cielo sorprenden. Pero nada acaba de imponérsenos con grandeza verdadera»<sup>4</sup>. Nótese que reacciona en contra del paisaje aunque lo describe bellísimamente.

Del paisaje cubano no dice nada, maldice a las palmeras, árboles simbólicos de Cuba que aparecen hasta en el escudo de la patria. En un trozo de prosa titulado «Palmeras» y subtulado «Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba» empieza celebrándolas y termina despreciándolas. Cito: «Palmeras, jugosas espinas verdes, huesos vivos. Y aquellas palmeras tontas, con tronco como trompa de elefante y una lustrosa hipertrofia más azul en la matriz. Palmera, palo seco solo, a las que un monstruo le segó los brazos»<sup>5</sup>.

A los tres años de exilio en el Caribe, Zenobia y Juan Ramón se trasladaron a los Estados Unidos. En el momento en que llegaron a la Florida (el 29 de enero de 1939), celebraron el nuevo espacio. Dice Zenobia: «La proximidad de Miami nos llenó la vista con el violeta y azul de este mar tan bello. Las islas cubiertas de casitas blancas nos volvieron a alegrar»<sup>6</sup> y en los primeros versos de «Canciones de la Florida» Juan Ramón anticipa que ha de escribir una poesía diferente y se lo atribuye a la belleza del nuevo espacio. Yo considero que más que belleza era avenencia.

El primer poema de «Canciones de la Florida» se titula: «¿Quién será?» Al título siguen tres versos, remedando al antiguo «sólo queda en mi mano / la forma de su huída»<sup>7</sup>. Los nuevos versos, después del título y separados del poema dicen: «Solo queda en mi mano / el cenizo de oro de su ala, / la forma de su huída». Sabemos, por la primera y última estrofas de dos versos cada una, que se trata de una nueva y presentida poesía que volverá a él

---

<sup>4</sup> Juan Ramón JIMÉNEZ, «De piedra Puerto Rico, *Isla de la simpatía*», Edición de María de los Ángeles Sanz Manzano. La Editorial Universidad de Puerto Rico, 2008, pp. 33-34.

<sup>5</sup> Juan Ramón Jiménez, «De piedra Puerto Rico, *Isla de la simpatía*», cit., p. 66.

<sup>6</sup> Zenobia CAMPRUBÍ. *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*. Edición de Graciela Palau de Nemes, Alianza Editorial/La Editorial Universidad de Puerto Rico, 2006, 2ª ed. 1980, p. 3.

<sup>7</sup> En Juan Ramón JIMÉNEZ, *Lírica de una Atlántida*, Edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Galaxia Gutenberg, S.A., Barcelona, 1999, p. 69.

en otra forma en un espacio que él no conoce aún. Cito: «Pero la belleza vuelve / a desnudarme otra forma. // ¿Y en qué espacio de este mundo / tiene lugar tanta gloria?»

Asombra la intuición poética de Juan Ramón. La crítica nos dice una y otra vez que la poesía no es biografía. No será para otros, pero lo fue para este poeta. La poesía carnal de sus principios fue una búsqueda de trascendencia a través de la carne. Al casarse con la casta, sencilla, inteligente Zenobia, vino a su encuentro «la poesía desnuda», y al avenirse en el exilio a un espacio diferente, pero gustoso, se dio cuenta que para el ser humano no existen fronteras y que la trascendencia está en nosotros. Los Estados Unidos será el espacio de su gloriosa y última poesía, la de la trascendencia. Desde que se instalaron allí van recobrando la tranquilidad, encuentran casa agradable donde vivir y trabajo gustoso que hacer. Juan Ramón da conferencias en la Universidad de Miami, de la Florida, después da clases, y Zenobia se matricula para seguir cursos universitarios, un deseo que se quedó truncado al regresar a España en 1909, después de una larga estancia en su juventud, en el estado de Nueva York y ser admitida como estudiante universitaria en la Universidad de Columbia.

Invitado Juan Ramón a ser conferenciante de los cursos de verano de la prestigiosa Universidad de Duke en Carolina del Norte, Zenobia continuó enriqueciéndose culturalmente tomando allí también cursos avanzados al nivel universitario.

La prueba más grande de la armonía de la pareja con el nuevo espacio está en los títulos de la nueva poesía de Juan Ramón: «Canciones de la Florida», «Espacio» y «Romances de Coral Gable». A partir de 1942, cuando el matrimonio se trasladó a Washington, continúa la avenencia con el espacio. De nuevo, los títulos de los poemas son de los lugares donde viven: «Una colina meridiana» es la traducción al español de «Meridian Hill», nombre del área de Washington donde está situado el hotel Dorchester House en el que arrendaban un piso. Esa área aún se llama así porque corresponde al círculo o meridiano que divide al globo terrestre en dos partes. El título: «Del bajo Takoma» corresponde a un área en Maryland con un bello sanatorio donde pasaba el poeta temporadas. «Los olmos de Riverdale», así llamados, bordeaban su residencia en el pueblo de ese nombre; «Canciones de Queensbury» lleva el nombre de

la calle donde estaba su casa y «Cementerio de Arlington», lugar donde entierran a los héroes de la nación y es un área cercana al lado de Washington. Pertenece al estado de Virginia que, como Maryland, colinda con la capital.

Si en la Florida Juan Ramón escribió «Espacio», la noche oscura del alma de su vía místico-poética, en Maryland halló la inspiración para *Animal de fondo*, el poema de la trascendencia que cerró con broche de oro su producción poética. Y eso se lo dijo bien temprano Juan Ramón a la joven española Ángela Figuera, en carta de Riverdale del 17 de octubre de 1949. No fue en el mar, fue en Riverdale, en el lugar de su residencia donde ocurrió la sinestesia que le hizo darse cuenta que hay otro modo de ser, o sentir, que el físico.

La sinestesia ha sido un recurso muy usado en la poesía moderna, pero en el caso de Juan Ramón él habla de una experiencia personal, reconocida por la medicina y que muchos grandes personajes la han experimentado desde la antigüedad. En nuestro caso, no tenemos más que atenernos a la definición de un *Pequeño Larousse*: «Sinestesia»: asociación espontánea entre sensaciones de naturaleza distinta, pero que parecen determinarse por ellas mismas. Y eso es lo que le dice Juan Ramón a la mencionada Ángela Figuera. Cito: «Querida amiga: dios estaba en mí, con inmanencia segura, desde que tuve uso de razón; pero yo no lo *sentía* con mis sentidos espirituales y corporales que son, naturalmente, los mismos. De pronto, el año pasado, gran año para mí, al poner el pie en el estribo del coche, aquí en Riverdale, camino de New York, camino de la Argentina, lo *sentí*, es decir, lo vi, lo oí, lo gusté, lo toqué. Y lo dije, lo cante en el verso que él me dicto. Eso es todo»<sup>8</sup>. Aunque en esa carta ese dios está escrito con minúscula, aparece con mayúscula y de manera muy explícita en el segundo poema de *Animal de fondo* titulado: «El nombre conseguido de los nombres». Cito la estrofa: «El dios que es siempre al fin, / el dios creado y recreado y recreado / por gracia y sin esfuerzo / El Dios, el nombre conseguido de los nombres»<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Juan Ramón JIMÉNEZ, *Selección de cartas (1899-1950)*. Prólogo: Francisco Garfías. Ediciones Picazo, Barcelona, 1973, pp. 226-227.

<sup>9</sup> Juan Ramón JIMÉNEZ, *Animal de Fondo*. Con la versión francesa por Lysandro Z. D. Galtier. Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1949, p. 14.

En *Animal de fondo* no hay paisaje, todos los elementos son cósmicos y se implica una trascendencia del ser a otro ámbito. Lo importante es que en esta obra termina la vía poética de Juan Ramón que se había convertido en una búsqueda de trascendencia a través de su ámbito. La única poesía que Juan Ramón escribió después de *Animal de fondo*, residiendo en Puerto Rico en 1952, y enferma su querida Zenobia, el conmovido poeta le canto en los poemas «De ríos que se van»<sup>10</sup> y esos ríos son los simbólicos de Jorge Manrique, de sus coplas del siglo XV por la muerte de su padre, nada tienen que ver con el paisaje.

Sin la poesía de los Estados Unidos, Juan Ramón no hubiera sido un candidato para el Nobel de 1956. Si su gran obra poética hubiera terminado en 1936 no hubiera tenido la grandeza que adquirió en el espacio de ese continente.

Y ¿que hacía Zenobia mientras Juan Ramón escribía su poesía?

En diciembre de 1941, los Estados Unidos se declararon en guerra, incorporándose a la Guerra Mundial que estalló en 1939. Estando Zenobia y Juan Ramón en la Florida se enteraron de un programa de buena voluntad ofrecido por la Oficina del Coordinador de Asuntos Americanos, en el que se hablaría de la cultura hispanoamericana incluyendo la literatura. Juan Ramón quiso participar y con tal propósito hicieron un viaje a Washington; pero no se logró nada porque las charlas tenían que ser sometidas a la censura, que se reservaba el derecho de omitir o corregir cualquier parte que consideraran no apropiada y como los censores no eran especialistas en literatura, podían alterar el significado de su charla. Aun así, las oportunidades de empleo en Washington eran muchas y Zenobia, bilingüe, debió haber pensado que ella también podría servir al país en alguna capacidad y así sucedió.

Declarada la guerra se impuso el reclutamiento militar de los varones al cumplir los 18 años de edad, fecha en que los estudiantes empiezan su carrera universitaria. Como tenían que ser entrenados antes de ir al frente y en Maryland había muchos fuertes militares, designaron a esa Universidad como escuela de verano, donde los soldados

---

<sup>10</sup> En Juan Ramón Jiménez, *Lírica de una Altántida*, pp. 361-394.

universitarios pudieran continuar sus interrumpidos estudios. Para ese programa se necesitaba personal, los profesores regulares estaban de vacaciones o sirviéndole al gobierno en asuntos de guerra. Ya sea por referencia, o porque Zenobia solicitó, en 1943 la nombraron conferenciante del mencionado programa para hablar de cultura española. Ella estaba calificada para dar conferencias, aunque no tuviera un diploma universitario. Había publicado en inglés en prestigiosas revistas de los Estados Unidos como *St. Nicholas*, *The Craftsman*, *Vogue*; había vertido del inglés al español la obra entera de Rabindranah Tagore y traducido cuentos de niños del inglés para la conocida Casa Calleja.

Zenobia desempeñó con excelencia su cargo de conferenciante sobre cultura española y el Director de la Facultad de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Maryland la invitó a ser miembro de dicha Facultad, empezando en el curso académico de 1944-1945. Ella aceptó porque le convenía el sueldo y podía matricularse en los cursos universitarios que le faltaban o convalidarlos por su trabajo académico. Le asignaron clases de cultura y civilización española, de introducción a esa literatura y de conversación. Juan Ramón suplía por Zenobia cuando algún malestar la retenía en la casa y finalmente le ofrecieron a él un puesto en la misma Facultad para dar cursos avanzados de literatura hispana.

Zenobia enseñaba tres días a la semana y él un día, con lo que le quedaba a ella mucho tiempo para ir a Washington a visitar a muchísimas amistades de su agrado, casi todas norteamericanas; a asistir a almuerzos, tés, reuniones y actos culturales en los mejores sitios. Debido a su linaje, sus amistades eran personas ricas, de la alta clase y distinguidas. Aunque Juan Ramón no salía tanto como ella, lo procuraban los diplomáticos de los países hispanoamericanos y los profesores y alumnos de las universidades cercanas. El privilegiado poeta no asistía a reuniones de la facultad, ni trabajaba en comités como los demás; pero él y su mujer invitaban a todo el mundo a su casa si necesitaban consultarles. A la casa de Riverdale iban profesores a pedir libros prestados, recomendaciones, contactar con otros escritores y también iban estudiantes de otras lenguas, a discutir asuntos literarios. Podían comunicarse con él en francés, porque él y Zenobia hablaban esa



lengua y en inglés porque Zenobia era una traductora de primera categoría e iba al grano.

Zenobia y Juan Ramón sirvieron bien a la Universidad de Maryland. Llevaban conferenciantes gratis, escritores, artistas y especialistas que residían o pasaban por Washington; eran consejeros del Club de Español y daban recibos y té en su apartamento de Washington a los soldados del programa mencionado, y a los alumnos y profesores de dicha universidad.

Yo conocí a Zenobia y Juan Ramón en 1947, al empezar el estudio para el Doctorado en Filosofía y Letras. Descubrimos que, aunque en diferentes pueblos vivíamos cerca, se podía ir caminando a su casa en Riverdale. Me matriculé en todos los cursos que dio el poeta. No todos los profesores habían regresado de la guerra y nos permitieron coger cursos con profesores eminentes de universidades de Washington, a quienes yo no podía consultar en sus horas de oficina, por lo que Juan Ramón me invitó a ir a su casa a ayudarme con esos cursos y se convirtió en mi mentor. Nuestros días libres coincidían y allí iba yo, libreta en mano, todas las semanas y en los veranos, cuando no estaban ellos fuera de vacaciones, casi todas las tardes. Zenobia me instaba a ir, porque entonces Juan Ramón no se quedaba sólo cuando ella salía e iba a Washington a encontrarse con sus amistades. Algunas veces me llevaban a actos culturales. En su casa, además de las lecciones de literatura, Juan Ramón me hablaba de su vida y sobre todo de Moguer y yo lo escribía en mi libreta de apuntes literarios. Le pedí permiso para escribir sobre él mi tesis de doctorado y me lo concedió. Me hizo un bosquejo que se publicó en la mencionada *Selección de cartas* (pp. 274-275) advirtiéndome que me adheriera a hechos importantes y que nada de andar celebrándolo. De ese Juan Ramón, hombre bueno, ocurrente, sencillo, cariñoso, generoso, jamás me olvidaré. Me decía unas cosas preciosas de Zenobia, que se ausentaba enseguida que yo llegaba.

El año de 1950 a 1951 fue trágico para Zenobia, que hizo el Vía Crucis de todos los hospitales de Washington y Maryland porque Juan Ramón estaba en un grave estado de depresión. Un médico español exiliado y ejerciendo en el famoso hospital de Johns Hopkins de Baltimore les aconsejó consultar con un especialista

de su lengua exiliado en Puerto Rico. Allí fueron en diciembre de 1950, pero éste necesitaba ausentarse y tuvieron que regresar a Maryland. En un segundo viaje en 1951 encontraron al médico que buscaban, más amistades españolas y otros exiliados residentes en esa isla que se ocuparon de ellos.

A Zenobia le ofrecieron un puesto en la Universidad de Puerto Rico que desempeñó de 1951 a 1952; pero ya se le había declarado la enfermedad que le costaría la vida. Antes de marcharse a esa isla en 1951, el Director de la Facultad de Lenguas de la Universidad de Maryland le informó que podía seguir enseñando hasta que le tocara jubilarse. Es decir que sin un diploma universitario Zenobia se había ganado plaza de profesora en esa Universidad y ése fue su máximo logro cultural. De conseguir trabajo permanente en la Universidad de Puerto Rico, tendría que retirarse pronto, en mayo de 1953. El 22 de diciembre de 1951, Zenobia sufrió una hemorragia en Puerto Rico, le aconsejaron verse con un experto oncólogo del Massachusetts General Hospital. Se fue el 24 de diciembre, la operaron de cáncer el 31 y regresó a Puerto Rico el 1 de febrero de 1952.

En 1952 Juan Ramón mejoraba y ella empeoraba. Arrendaron la casa de Riverdale y a Juan Ramón le ofrecieron un puesto en la Universidad de Puerto Rico donde el Rector, Don Jaime Benítez, había acogido con entusiasmo a la pareja. Juan Ramón fue nombrado Poeta en Residencia.

Resuelto el problema económico se quedaron gustosos en esa isla. Además, el Canciller Jaime Benítez se portaba muy bien con ellos y hasta puso a su disposición una sala de dicha Universidad para todos los libros y papeles, instalándoles una biblioteca. Este sitio habría de convertirse en la famosa Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez.

En 1954 Juan Ramón recayó y fue hospitalizado; mejoró en 1955 y Zenobia empeoró.

En su diario del 31 de mayo de 1955 dice Zenobia: «Pienso más y más en la posibilidad de volver a Sevilla para terminar allá apaciblemente nuestros días; es en donde Juan Ramón tiene

más familiares cercanos y buenos amigos. He escrito hoy a Paco (Hernández-Pinzón) pidiéndole datos exactos para construir o desechar este plan. A J.R. ni una palabra por ahora»<sup>11</sup>.

En julio de 1955 Zenobia volvió a Boston buscando alivio. No se pudo hacer nada por lastimada que estaba del tratamiento de los Rayos X al que tenía que someterse en Puerto Rico. El 2 de septiembre de ese mismo año volvió al hospital de Boston. Juan Ramón quiso acompañarla, pero ella lo tranquilizó diciéndole que su sobrino Paco (Hernández-Pinzón) iría a buscarlo a Puerto Rico para llevárselo a España si a ella le pasaba algo. Juan Ramón pareció conformarse. El 20 de septiembre Zenobia regresó a Puerto Rico desahuciada. A su regreso, llegó Hernández-Pinzón para cuidar a su tío y a ella la recluyeron en la clínica Mimiya de esa vecindad.

Y ahora diré por qué caminos llegamos a proponer a Juan Ramón en la Universidad de Maryland para el Nobel de 1956.

En 1951, al marcharse Juan Ramón y Zenobia y permanecer en Puerto Rico, yo me quedé sin su ayuda para completar la disertación sobre su vida y su obra. De todos modos, obtuve el doctorado en 1952. La disertación tenía que convertirse en un libro publicado por una editorial prestigiosa, de lo contrario no podía aspirar a una cátedra.

En 1955 y 1956 pude ir a Puerto Rico a completar mis investigaciones sobre la biografía de Juan Ramón, y Zenobia puso a mi disposición todo el archivo y libros de su sala en esa Universidad. Según yo escribía le pasaba a ella lo escrito, pidiendo su opinión que como una buena maestra me la daba. A veces ella estaba de cama y Juan Ramón completamente deprimido se pasaba el día sentado en un cuarto semi oscuro y esa admirable mujer dejaba su cama, se iba a dónde su marido y le leía mis páginas para que él las corrigiera si era necesario. Las correcciones tenían que ver con insuficiente información histórica y frases mal usadas. Al otro día, temprano por la mañana, yo pasaba a verla y comentábamos «mis disparates».

---

<sup>11</sup> Zenobia CAMPRUBÍ. *Diario 3. Puerto Rico (1955-1956)*, Graciela Palau de Nemes (ed.), Alianza Editorial/La Editorial Universidad de Puerto Rico, 2006, p. 97, nota 43. Ver también pp. 9-10 y p. 17, nota 1.

Aún guardo sus correcciones, mayormente de frases mal usadas, porque yo vivía, desde hacía muchos años, en inglés.

En mis investigaciones encontré una importante carta del hispanista, profesor y escritor sueco Arne Häggquist a Zenobia, en la que le agradecía el envío de fotos de Juan Ramón y de un ejemplar de *Animal de fondo*. En esa carta, sin fecha, pero con matasellos de noviembre 18 de 1955, el hispanista sueco decía cosas de sumo interés. Las menciono:

1. Que el español era una lengua poco conocida en Suecia y que lo mismo sucedía con la literatura española.
  2. Que a los interesados en dicha literatura les era imposible encontrar los libros que buscaban.
  3. Le preguntaba a Zenobia donde podía comprar *Españoles de tres mundos* y no sabía si había otras obras de Juan Ramón en prosa o dónde se podrían conseguir.
  4. Decía además, que él estaba traduciendo *Platero y yo* al sueco y que otro académico llamado Hjalmar Gulberg había traducido como quince poemas de Juan Ramón que se iban a publicar con un ensayo en una revista literaria sueca.
- El golpe de gracia, en este caso, fue para mi saber que Juan Ramón había sido considerado para el premio Nobel más de una vez y no lo había ganado.

Al comentar esta carta con Zenobia le propuse buscar el apoyo de la Universidad de Maryland para pedir el Nobel para Juan Ramón y ella me recomendó que le escribiera a Donald Fogelquist, profesor y amigo de ellos que los había visitado en Puerto Rico recientemente y se estaba ocupando del asunto.

Al principio de su carrera académica, de 1941 a 1942, este profesor ejercía en la Universidad de Miami y allí conoció a Juan Ramón y a Zenobia. En 1954, ejerciendo en la Universidad de California, fue a Puerto Rico con la intención de escribir una biografía del poeta, pero no pudo porque Juan Ramón estaba enfermo. En su lugar, publicó la correspondencia de éste con Darío proporcionándoles a los Jiménez copias de ella porque le habían regalado los originales a la Biblioteca del Congreso.

En 1955, al regresar yo a la Universidad de Maryland le sugerí al Director, Dr. Zucker, que propusiéramos a Juan Ramón para el Nobel a lo que todos asintieron con gran entusiasmo. Como me indicó Zenobia, me comuniqué por carta con el Dr. Fogelquist ofreciéndole nuestro apoyo o solicitándolo, según el caso. No conociendo las reglas del Nobel, las pedimos a Suecia. Todo esto se hizo el 27 de septiembre de 1955.

Nuestras misivas se quedaron sin respuesta hasta principio de enero de 1956; pero ya habíamos hecho todas las diligencias para la propuesta, con la ayuda del Director del Salón Hispánico de la Biblioteca del Congreso, el Dr. Francisco Aguilera, buen amigo de Juan Ramón y Zenobia que iban allí a menudo.

Recibimos los estatutos del Nobel en los primeros días de enero de 1956, lo que apenas dejaba tiempo para cumplir con la fecha límite de las propuestas, el 1 de febrero. El Dr. Fogelquist contestó a nuestra carta del septiembre pasado, el 9 de enero de 1956, acabando él de recibir los estatutos, como nosotros. La información que él nos daba era mínima: que un profesor podía proponer a un candidato de literatura y que la fecha límite era febrero 1, lo que ya sabíamos. Nos deseaba buena suerte. Era obvio que el Dr. Fogelquist como nosotros, desconocía las reglas, y que no podía, en tan poco tiempo, sin los recursos nuestros, preparar una propuesta y apoyarla con todo el material a nuestra disposición. Aún así, en un par de artículos publicados en español en revistas literarias nos desmintió y se jactó de su participación y la de *otras universidades* de los Estados Unidos de lo que no hay prueba alguna<sup>12</sup>. Medio siglo después, Alfonso Alegre fue justo al darnos el debido crédito en la crónica del Premio Nobel, a base de la documentación que pudimos proporcionarle, que no encontré en sus investigaciones, lo que no nos extraña. Es lógico pensar que los académicos hispanistas deben de haberse servido de ellos. La Fundación Nobel requiere que se mande evidencia a favor de la propuesta, lo que cumplimos al máximo.

---

<sup>12</sup> Emilia CORTÉS ha aclarado este asunto en el «Apéndice. Algunas precisiones en torno del Nobel» de su edición de las cartas Zenobia Camprubí / Graciela Palau de Nemes, *Epistolario 1948-1956*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2009, pp. 257-271.

Sabemos que los documentos, libros, reseñas, traducciones, etc. que les enviamos no se podían conseguir en Suecia, como le decía el académico Häggquist a Zenobia en la ya comentada carta que yo leí durante mis investigaciones.

En cuanto a la propuesta quiero mencionar los estatutos más importantes de la Fundación Nobel:

1. Una persona competente en la rama del saber del recomendado puede proponerlo para el premio.
2. Sólo se considerarán las propuestas sometidas durante los doce meses que anteceden al 1 de febrero.
3. La propuesta debe estar acompañada de evidencia que justifique el premio (es decir, escritos y documentos que lo apoyen) y en los lenguajes que se citan: escandinavos, inglés, francés, alemán y latín.

De todos estos requisitos, el tercero nos había de dar más trabajo: los escritos y documentos que necesitábamos se hallaban en Puerto Rico, en la sala-biblioteca de la pareja y Zenobia estaba enferma. No podíamos pedirlos directamente a esa Universidad, que nada sabía de nuestra propuesta y estaban proponiendo a Menéndez Pidal. De todos modos, le escribimos a Zenobia que con la ayuda de su fiel amiga Inés Muñoz, de los Estados Unidos, que se hallaba visitándola en Puerto Rico, nos envió todo lo que necesitábamos y enseguida: copias fotostáticas de documentos y de las cubiertas de traducciones de la obra de Juan Ramón en inglés y otras lenguas; artículos y, sobre todo, ejemplares de sus libros que no hubiéramos podido conseguir en el poco tiempo que nos quedaba.

Lo único que nos faltaba era escoger un libro de Juan Ramón de tendencia idealista, escrito al año anterior o recientemente, y de no serlo, uno cuyo significado hubiera pasado desapercibido hasta recientemente.

El último libro de Juan Ramón, *Animal de fondo*, publicado en 1949, fue controversial. Muy pocos lo entendieron. Federico de Onís, gran crítico de la poesía española en los Estados Unidos, pensó que Juan Ramón no andaba bien de la cabeza, atribuyéndoselo a su enfermedad. Lo mismo creyó Zenobia. A mí él me lo regaló y

no entendí palabra. Y allí fue Troya. ¿Qué libro íbamos a escoger? Consultamos con el Dr. Aguilera de la Biblioteca del Congreso y él nos dijo que acababan de escoger a *Platero y yo* en competencia con el *Quijote* y otras grandes obras en español, para grabarlo y distribuirlo en las bibliotecas para ciegos de todos los Estados Unidos, sus posesiones y territorios. Además, nos dio publicaciones de dicha biblioteca en las que constaba este hecho. Por ley, esta institución no puede respaldar a ningún candidato para un premio. El resto lo aportamos nosotros: portadas de *Platero*, traducidas a otras lenguas, prueba de que en los países de habla española se usaba como texto escolar y aún en los Estados Unidos, que ha sido la inspiración de obras de arte y que además de su perfección literaria, se distinguía por su sentimiento de humanidad y amor a los humildes, a los menos afortunados seres de la creación, ya sean hombres, animales, insectos o una hoja de hierba.

El Dr. Zucker, director del Departamento de Lenguas, suspendió todas las actividades de esa oficina para preparar la propuesta y pidió a la Oficina de Correos de la Universidad mantenerse abierta hasta que llegara nuestro envío para Suecia.

Ahora volvamos al principio, a hablar de los últimos días de Zenobia y el Nobel. El domingo 21 de octubre de 1956, estando Zenobia grave, llegó un periodista sueco a su cuarto de enferma del hospital de Puerto Rico, queriendo entrevistar a Juan Ramón, por considerarlo un fuerte candidato para el Nobel. Juan Ramón se negó. Las amigas que siempre acompañaban a Zenobia hablaron al periodista de su gravedad, de lo que ella fue para su marido y lo que merecía saber, antes de morir, si él era el ganador del premio. Atendido el pedido en Suecia, autorizaron decírselo por adelantado a Zenobia y guardar el secreto hasta el día del anuncio oficial, el 25 de octubre de 1956.

Dos o tres días antes, recibimos en la Universidad de Maryland un telegrama de Jaime Benítez, de la Universidad de Puerto Rico, requiriendo mi presencia el 26 de octubre. Yo comparecí. El avión llegó a Puerto Rico de madrugada, a las 6:00 de la mañana. Me recibió Connie Salva la asistente del canciller Benítez y me llevó directamente al hospital porque Zenobia quería verme. Todo estaba a media luz. Entré a su cuarto, me tendió los brazos, se

los cogí, balbució algo que no pude entender, le brillaron los ojos, yo dije cualquier tontería y semi sonrió. Por suerte, Connie entró enseguida diciendo que teníamos que asistir a una celebración del Nobel en el teatro de esa Universidad por la mañana. Así fue. Y yo leí la propuesta que enviamos a Suecia solicitando el Nobel para Juan Ramón.

Al mediodía, Connie me dijo que tenía que ir al hospital porque Zenobia quería verme. Así lo hice y le llevé un simbólico botón de rosa amarillo envuelto en celofán con un bonito lazo amarillo. Me lo prepararon en la florería del hotel. Digo simbólico por el poema que le escribió Juan Ramón titulado “La flor tú”, y el amarillo era uno de los colores favoritos del poeta<sup>13</sup>.

Al llegar al hospital había unos hombres congregados al frente de la puerta esperando a que Juan Ramón volviera de almorzar e inconscientes de la presencia de la enferma.

La Zenobia de por la tarde era otra, alegre como antaño, sola ella en su cama, limpiecita, tranquila en un cuarto que parecía un jardín lleno de flores bellísimas que ocupaban más de la mitad del espacio. Al entrar me sonrió, me indicó que me sentara en la silla a su cabecera. Me dijo unas palabras de cariño, me pidió que le leyera los cables y telegramas que como columna subían en su mesita de noche. Completamente lúcida, nos reíamos cuando el mensaje procedía de uno de «los enemigos poetas», y me corregía si yo pronunciaba mal un apellido extranjero. No queriendo cansarla, me despedí al rato cuando aún Juan Ramón no había llegado. Le dije que tenía que ir a otro pueblo a visitar a una tía, pero que volvería el domingo directamente al hospital. Así lo hice, pero su cuarto estaba vacío. Se había muerto esa tarde. Pasmada, le pregunté a la enfermera que cambiaba la cama que me dijera cómo, cuándo. Me contestó que el viernes por la tarde Zenobia pidió que la aseara, la cambiara, le pusiera una mañanita y le prendiera una flor amarilla que tenía en la mesita de noche en un celofán con un lazo amarillo. Me señaló: «Allí se quedó, en la perchera». ¿Cómo, si el cuarto

---

<sup>13</sup> Juan Ramón JIMÉNEZ, “La flor tú”, *Canción*, Signo Editorial, Madrid, 1935, p. 133.



estaba vacío? Me di cuenta, me pareció que Zenobia me dejaba un mensaje.

A su muerte, en la sala de la Universidad de Puerto Rico que lleva su nombre y con Juan Ramón sentado a la cabecera del ataúd, puse una docena de capullos de rosa amarillos en un florero sobre un estante de libros al pie de su retrato y una tarjeta en nombre mío y de sus colegas, en la Universidad de Maryland. Alguien tomó una foto y Juan Ramón la escogió para ponerla en el frontispicio de la *Tercera Antología* en que ella tanto trabajó en Puerto Rico, estando enferma de muerte<sup>14</sup>. El libro apareció dedicado por Juan Ramón «A Zenobia de mi alma». Yo los llevo a los dos prendidos en la mía, como mi flor en la mañanita de Zenobia.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**ALEGRE HEITZMANN, Alfonso** (2008), *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel*. Transcripción y notas de los telegramas y cartas de la segunda parte del libro: José Antonio Expósito. Residencia de Estudiantes, Madrid.

**CAMPRUBÍ, Zenobia** (2006), *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*, Graciela Palau de Nemes (ed.), Alianza Editorial/La Editorial Universidad de Puerto Rico, 2ª ed.

----- (2006), *Diario 3. Puerto Rico (1955-1956)*, Graciela Palau de Nemes (ed.), Alianza Editorial/La Editorial Universidad de Puerto Rico.

**CAMPRUBÍ, Zenobia / PALAU DE NEMES, Graciela** (2009), *Epistolario 1948-1956*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

**HERNÁNDEZ-PINZÓN JIMÉNEZ, Francisco** (1996), «Zenobia en la trágica gloria del Premio Nobel», *Barcarola*, núm. 26-27, Albacete, febrero; y en *La Voz de Huelva*, Huelva, 25 octubre 1996.

**JIMÉNEZ, Juan Ramón**, (1935), “*La flor tú*”, *Canción*, Signo Editorial, Madrid.

---

<sup>14</sup> Juan Ramón JIMÉNEZ, *Tercera Antología Poética (1898-1953)*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1957.

----- (1949), *Animal de Fondo*. Con la versión francesa por Lysandro Z. D. Galtier. Editorial Pleamar, Buenos Aires.

----- (1957), *Tercera Antología Poética (1898-1953)*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.

----- (1973), *Selección de cartas (1899-1950)*. Prólogo: Francisco Garfias. Ediciones Picazo, Barcelona.

----- (1999), *Lírica de una Atlántida*, Edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Galaxia Gutenberg, S.A., Barcelona.

----- (2008), «De piedra Puerto Rico, *Isla de la simpatía*», Edición de María de los Ángeles Sanz Manzano. La Editorial Universidad de Puerto Rico.

**JULIÁ, Mercedes** (2009), «Reflexiones sobre el exilio de Juan Ramón Jiménez. Hacia otra desnudez», en *Contra el olvido. El exilio español en Estados Unidos*. Editado por Sebastián Fabee y Cristina Martínez Carozo, Alcalá de Henares, España.